

Ser el mejor: la receta para la infelicidad

<http://www.excelsior.com.mx/blog/culturapop/ser-el-mejor-la-receta-para-la-infelicidad/1018540>

Usted disculpará, pero debo empezar esto con un dato autobiográfico que le va a sonar a vanagloria, pero no lo es. Hacia la mitad de estas líneas entenderá por qué lo digo.

Yo fui un niño prodigio... o algo así. Un cerebritito, un adelantado. Nunca me he hecho medir el IQ, pero considere usted que, a los cinco años, pasé del kínder directamente a segundo de primaria porque mis *competencias* —así le llaman las señoritas pedagogas del siglo XXI— rebasaban por mucho las que suponía que aprendería en primero, y como “las consecuencias de un niño que se aburre con la escuela pueden ser desastrosas” —la directora de mi primaria es la que habla—, en un cónclave decidieron que *lo mejor* para mí sería convivir con niños, todos, un año más grandes que yo.

Luego de eso, fui lo que se llama “un niño de dieces” y conducta intachable, desde segundo hasta quinto. *El mejor* del salón. En sexto año, fui el alumno con *el mejor* promedio de mi generación —merced a que mi maestro hizo una triquiñuela— y con ello **me gané el honor de ser el abanderado en las ceremonias cívicas de los lunes**, cuando el sistema de educación pública de López Portillo se empeñaba en infundir valores cívicos y sentido patriótico en la niñez mexicana —empeño que, queda claro, resultó en un rotundo fracaso—; así que era *el mejor* de mi primaria. Y no sólo eso: también **concurse y gané un lugar en el certamen de alumnos distinguidos de educación primaria**, conocidos como la “Ruta Hidalgo”, el “Viaje Cultural” —a mí me tocó el primer año que se llamó así— o, a últimas fechas, la “Olimpiada del Conocimiento”. **Fui a Palacio Nacional y estreché la mano de Miguel de la Madrid** en el primer año de su sexenio, como da fe una foto del memorable hecho, que aún cuelga en la pared de la casa de mis abuelos. Era *el mejor* de los nietos, por mucho.

La licenciatura —en la UAM Azcapotzalco, en medio de depresiones inatendidas— me costó un poco más de sangre y heridas y horas de sueño, pero con todo mi tesis de titulación fue elegida como *la mejor* de mi generación.

Después, a pesar de las hormonas, en la secundaria repetí la dosis: niño de dieces, abanderado por segunda ocasión consecutiva, *el mejor* de mi escuela. Cursé el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, joven de dieces y verborrea, y gané la medalla Gabino Barreda al mérito, además de un concurso de poesía universitaria; *el mejor* preparatoriano, aunque no el más popular. La licenciatura —en la UAM Azcapotzalco, en medio de depresiones inatendidas— me costó un poco más de sangre y heridas y horas de sueño, pero con todo mi tesis de titulación fue elegida como *la mejor* de mi generación. Desde luego, todos me odiaban.

Ejercí, pues, el diseño gráfico. Pero nunca fui *el mejor*. Gané un par de premios, sí, pero a pesar de que disfrutaba enormemente gobernar la tipografía, el color y las imágenes para construir disposiciones estéticas y funcionales, nunca llegué a ser director de arte. Así que tomé mi opción B, que resultó ser lo más esencial que he

hallado en mí: las letras. Y ahí sí, los premios. Los reconocimientos. Los ascensos. Una cierta fama e, incluso — aunque le cueste trabajo creerlo con mi cara de papa— un cierto *sex appeal*.

De nuevo, era *el mejor*. **Hasta que me di cuenta de que en realidad era un esclavo.**

Y no, no estoy enunciando un “resentimiento Godfnez”. No hablo de ser esclavo de un patrón, de una empresa o de un horario. Hablo de ser esclavo de mí mismo y de la idea de que *tenía que ser el mejor*: el mejor empleado, el mejor editor, el mejor articulista, el mejor hijo, el mejor esposo, el mejor padre, el mejor amigo, el mejor novio, el mejor amante, el que nunca falla, el que aguanta y está ahí, el que persevera y alcanza, el que no renuncia, el que no defrauda, el que da lo que se espera de él, el que pone en alto el nombre de la escuela o de la familia o de la empresa o del país, el que inspira, el que enorgullece a los suyos, el que destaca siempre. **Y no es que esté mal ser todo eso**; pero sí es una crueldad con uno mismo sentirse obligado todo el tiempo a “patinar en el delgado hielo de la vida moderna, arrastrando detrás de uno el callado reproche de un millón de ojos llorosos” —como diría mi padre espiritual, Roger Waters.

Ser *el mejor*, necesariamente, implica dos premisas: compararse uno mismo con los demás y someterse a que alguien más nos examine, nos califique y nos valide. Al hacerlo, ponemos un valor casi matemático a nuestra propia valía. En mi caso, todo empezó con la escala del cero al diez con que se evalúa el desempeño escolar: 10 era la única calificación admisible, ay de mí si en la boleta se me colaba un nueve o un ocho, el siete era impensable y el seis era despellejamiento seguro. O al menos eso creía yo, hijo de una admirable madre soltera cuya atención sólo podía obtenerse —repito: eso creía yo— destacando en los estudios.

Podrá imaginar que no fui un niño que disfrutara mucho su infancia. Y hoy, a mis 42 años, me doy cuenta de que **sentirse obligado a ser *el mejor* es algo que complace a los demás, y a uno lo vuelve una persona miserable.** Exigirle a un niño de ocho años —que hace menos de un siglo estaría jugando y corriendo entre las chivas— que viva entre libros y “tenga puro 10” en la boleta de aprovechamiento, **es la receta perfecta para criar un adulto neurótico, frustrado y miserable**, que pasará su vida entera persiguiendo una zanahoria frente a sus narices, sintiendo rabia y compasión por sí mismo, y juzgándose a partir de las expectativas de los demás: padres, maestros, jefes, cónyuges, hijos y quien se le ponga enfrente.

Ideas como “conquista el éxito”, “logra la excelencia” y cualquiera que lleve la partícula *el/la mejor*, son como querer obligarnos a todos a ser los héroes de la película, cuando quizá lo que nos gusta y nos queda y nos parece bien es un papel secundario interesante, o incluso hasta el antagonista. Vamos, se vale hacer cameos en las vidas de los demás o hasta ser un extra, de esos que sólo entran a cuadro una vez para recibir una patada del héroe y salir disparado entre alaridos ridículos, si usted tiene esa disposición.

Hoy que comparo mi vida con la de mi abuelo —que, sin más armas que un tercero de primaria y un salario como maestro pintor, se hizo de su casa, crió a siete hijos y fue inmensamente feliz con su trabajo y su familia

Así las cosas, somos esclavos del Ego —del Yo que nosotros mismos hemos construido a lo largo de la vida, de esa configuración imaginaria de lo que debemos y podemos ser, y lo que no— y por eso nos sentimos obligados

a seguir siendo los mismos y a honrar las expectativas de cada una de las personas que intervinieron en nuestra educación. Hoy que comparo mi vida con la de mi abuelo —que, sin más armas que un tercero de primaria y un salario como maestro pintor, se hizo de su casa, crió a siete hijos y fue inmensamente feliz con su trabajo y su familia— finalmente he entendido esa frasecita trillada de “El Ego es una ilusión”. Ese Ego, ese Yo, **responde a las necesidades que nosotros mismos nos hemos impuesto**: fama, dinero, casas, coches, mujeres hermosas. Pero nadie está obligado a tener nada de eso para ser feliz.

Entonces discúlpenme, señores de la autosuperación, de la inspiración empresarial, de la excelencia y de las personas altamente efectivas: **nadie está obligado a ser el mejor ni a sentirse mal por no serlo**. A lo que sí estamos obligados, creo, es a **hacer uso de nuestras vidas** de la mejor manera que esté a nuestro alcance y así dejar de exigirle a los demás —hijos, padres, cónyuges, familiares o amigos— que sean de esta o aquella manera para que nosotros nos sintamos bien.

Pero, como siempre digo, eso ya es otro cantar...